



asentado: que le tenía en lugar de padre, y le debía el sér, vida y reino que poseía, y todo lo al. Esto decía por entretener al rey de Aragon; por lo demas muy resuelto de no enajenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. Desta manera suelen los principes mirar más por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

Estas cosas pasaban en Castilla; entre los navarros y franceses, con vária fortuna, se proseguía en Francia la guerra que tres años ántes deste se comenzara, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino; tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Gallia Narbonense, por sus procuradores, que cada uno dellos para este efecto envió; el principal en asentar los capitulos desta liga fué Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa, todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenían, porque entrambos reyes eran sus cuñados, por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragon tenía asimismo por mujer una hermana del mismo navarro. Aquellos principes, que tenían obligacion á defendelle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él; ¡oh fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Carlos de Navarra y su aspereza le hacian odioso á los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos.

Entendida esta liga por el navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel, desde Tarazona, hacia guerra en Navarra, robaba y destruía toda aquella frontera; á la reina su mujer envió á Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al rey su hermano y buscarse algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban; esta ida no fué de provecho alguno, á causa que el

rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenía en su reino. Estando, pues, la reina en su villa de Evreux en Normandía, en el postrero dia del mes de Marzo, parió al infante don Pedro, su segundo hijo, conde que fué de Mortano ó Mortaigne, en Normandía, y con él, en el medio del estío, se volvió á Navarra. Por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el navarro hobo de buscar de quién favorecerse; parecióle el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey D. Pedro, que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él, y como los hombres, cuando se ven en algun grande aprieto, son muy liberales, para traerle á su amistad le hacia una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecía toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Vitoria; parecen hoy dia (si no son fingidas) las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey D. Pedro desde Sevilla se retiró á Portugal.

Al presente, el rey D. Pedro, desde Bayona, procuraba socorros para poder volver á cobrar el reino de Castilla; en particular solicitaba á Eduardo, príncipe de Gáles, que por su padre el rey de Inglaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabrerón, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona; hallóse en aquellas vistas D. Carlos, rey de Navarra; convidólos á comer el príncipe, sentáronse con este orden en la mesa: D. Pedro á la mano derecha y luégo junto á él el príncipe, y á la mano izquierda se sentó sólo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres principes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron éstos: que el rey D. Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya; que el rey de Navarra hobiese á Logroño y que D. Pedro dejase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliría lo capitulado, y pagaría (alcanzada la victoria), el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra.

Sabida esta liga por el rey de Aragon, re-



celoso del daño que della le podía venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos, renovó con el rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenía hechas. El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caía en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temía á los ingleses; juzgaba que para pasar en Castilla, ó les habia de dar el camino por sus tierras, ó se le abrirían con las armas. Hallábase muy congojado; aquejado con este pensamiento, no sabia qué consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar fué quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dejó querellosos; todavía despues que lo hobo todo bien ponderado tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, ora lo hiciese con disimulacion y engaño, ora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gáles. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santa Cruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra; halláronse presentes D. Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de D. Vasco, D. Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena, D. Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y Beltran Claquin. La confederacion que estos principes hicieron, fué que el rey de Navarra no diese paso á los ingleses; que en la guerra que esperaban, ayudase con su persona y con todo su ejército al rey D. Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliría estos conciertos; por el contrario, que D. Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco ántes D. Pedro le prometió.

En estos dias D. Luis, hermano del rey de Navarra, se casó con Juana, duquesa de Durazo, en la Macedonia, hija mayor de Carlos, de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el papa Urbano VI dió la investidura del reino de Nápoles. Y porque comunmente se yerra en la decendencia destes principes, me pareció ponerla en este lugar; Car-

los II, rey de Nápoles, tuvo por hijo á Juan Duque de Durazo: hijos de Juan fueron Carlos y Luis: Carlos fué padre de Juana y Margarita; de Luis, el otro hijo de Juan, nacieron Carlos, que vino á ser rey de Nápoles, y Juana la que dijimos casó con el infante D. Luis, hermano del rey de Navarra.

La vistas del rey de Navarra y de D. Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de mil trescientos sesenta y siete, en el cual (quién dice el año siguiente) en diez y ocho de Enero murió en Estremoz, villa de Portugal, el rey D. Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veinte dias: reinó nueve años y otros tantos meses y veinte y ocho dias. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza, junto á doña Inés de Castro: hizosele un real y solemnisimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijesen cada dia misa por su ánima y por las de sus antepasados: fué aventajado en ser justiciero: lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegría y bien de todo el reino. Tenía mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fué severísimo contra los malhechores; especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros: llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy reciamente: así se decía vulgarmente que traía consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenía costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de rey el que cada dia no hiciese bien y merced á alguna persona.» Hizo el puente y villa de Límia en Portugal: dejó por heredero de su reino á su hijo D. Fernando, cuyo reinado no fué tal y tan feliz como el del padre. Con los embaja-



dores que el rey de Aragon envió á su padre, asentó él paces en cuatro dias del mes de Marzo deste año en los palacios de Alcanhaes, que son cerca de Santarén. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses, mujer de Lorenzo Vazquez de Acuña, á quien se la quitó. El marido, por tanto, anduvo mucho tiempo huído en Castilla, y se dice dél que traia en la gorra unos cuernos de plata como por divisa y blason, para muestra de la deshonestidad del rey y de su afrenta, mengua y agravio.

Toda Castilla y Francia ardian llenas de ruido y asonadas de guerra: hacíanse muchas compañías de hombres de armas, jinetes é infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros: las partes ambas igualmente temian el suceso, y esperaban la victoria. D. Enrique en Búrgos, do era ido, se apercebia de lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabia con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el rey Carlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazón detenido en Borgia. Prendióle andando á caza cerca de allí un caballero breton, llamado Olivier de Mani, que la tenía en guarda por Beltran Claquin, su primo. Entrámbos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitán que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno dellos, y despues excusa aparente con el que venciese. Á los principes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; ántes muchas veces les dicen más de lo que hay, y eso lo malician y echan á la peor parte.

D. Enrique partió de Búrgos con un lucido y grueso ejército de mucha infantería y cuatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al encinar de Bañares: llamó á consejo los más principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados á sólo este efecto, y Beltran Claquin, procuraron persuadir que se debía en todas

maneras escusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España, por ser esta provincia de tal calidad, que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no ménos que los reinos de Castilla y Leon y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pedro venia la flor de la caballería de Inglaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear, ni en la valentía y fuerza de los cuerpos. Finalmente que se acordasen que no es ménos oficio de sabio y prudente capitán saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía.

Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros que tenían ménos experiencia y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran más fervorosos y esforzados que considerados y sufridos instaron grandemente en que luégo se diese la batalla. Decían que las cosas de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenían miedo del enemigo, y serian tenidos por cobardes y sin ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó D. Enrique este parecer: mandó marchar su campo la vía de Álava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte (porque le guardaban las espaldas unas sierras que allí están), con que podia pelear con ventaja, si no le forzaban á desamparar aquel sitio.

Considerado esto, los ingleses levantaron sus



reales y tiraron la vía de Logroño, ciudad que tenía la voz de D. Pedro, con intento de traer á D. Enrique á la batalla, ó entrar en medio del reino, por donde tenían esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por D. Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atras, camino de Nájara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los Autrigones, y de que sea ella no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo más famoso. Escribiéronse estos principes: cada cual daba á entender al otro la justicia que tenía de su parte, y que no era él la causa de esta guerra; ántes la hacia forzado y contra su voluntad, y tenía mucho deseo y gana de que se concordasen, y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reino, perdida la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. D. Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella á su hermano D. Sancho, con la mayor parte de la nobleza de Castilla; á su hermano D. Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo; él, con su hijo el conde D. Alonso, se quedó en el cuerpo de la batalla.

Los enemigos, que serian diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron desta manera sus escuadrones: la avanguardia llevaban el duque de Alencastre y Hugo de Carbolayo, que se era pasado á los ingleses; el conde de Armeñac y Monsiur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadron; en el postrero quedaron el rey D. Pedro y el principe de Gáles, y D. Jaime, hijo del rey de Mallorca, el cual, despues que se soltó de la prision en que le tenía el rey de Aragon, casára con Juana, reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trescientos hombres de á caballo navarros, que, con su capitán Martin Enrique, los envió el rey Carlos de Navarra en favor del rey D. Pedro.

Corria un rio en medio de los dos campos; pa-sólo D. Enrique, y en un llano que está de la otra parte ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadron de la mano derecha, que regia Beltran Claquin, sufrió valerosamente el impetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero en el otro lado quitó D. Tello á los suyos la victoria de las manos: con más miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de D. Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron.

Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes más principales del ejército. D. Enrique, con mucho esfuerzo y valor, procuró detener su escuadron, que comenzaba á ciar y retirarse: por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató (mal pecado) perdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Nájara: de allí por el camino de Soria se fué á Aragon, acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tovar y Alfonso Perez de Guzman, y algunos otros caballeros de los suyos. Á la entrada de aquel reino le salió á ver y consolar D. Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran cisma fué el papa Benedicto. No paró el rey D. Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel rey, si bien era su consuegro. Hallábase en gran cuita, poca esperanza de reparo: por semejantes rodeos lleva Dios á los varones excelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buena andanza que les está aparejada. Los demas de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella co-



marca, todos esparcidos sin quedar pendon enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada.

Después de la batalla hizo matar el rey don Pedro á Inigo Lopez de Horozco, á Gomez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso, comendador de Santiago, y á Garci Jofre Tenorio, hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea: otros muchos dejó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron entregar los ingleses, cuyos prisioneros eran; demas que el príncipe de Gáles le reprendió con palabras casi afrentosas porque después de alcanzada la victoria continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fué don Pedro Tenorio, adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de D. Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey D. Pedro, y fué uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial: dicen que por odio que tenía al rey D. Pedro, encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fué uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia en que los dió por rebeldes y enemigos de la patria.

Dióse esta batalla sábado tres de Abril deste año de mil trescientos sesenta y siete. D. Tello llevó á Búrgos las tristes nuevas deste desgraciado suceso. La reina doña Juana, mujer de D. Enrique, sabida la rota tuvo gran miedo de venir á manos de D. Pedro: así ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Búrgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazón en Búrgos se hallaban D. Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, y D. Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la reina. Estos le acompañaron en este viaje de Aragon: llegada allí, no halló en el rey tan buena acogida como pensaba; que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caído, y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado, pues, el rey de Aragon ya de las amistades y confederaciones que tenía hechas con D. Enrique, tenía propósito de moverse al son de la fortuna, y llegarse á la parte de los que prevalecían. Á esta causa era ya ve-

nido en Aragon por embajador Hugo Carbolayo, inglés: y porque no podían tan presto y fácilmente concluirse paces se hicieron treguas por algunos meses.

Después de la victoria el rey D. Pedro con todo su ejército se fué á Búrgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco, pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey D. Enrique. Hizo le el rey llevar al castillo de Alcalá de Guadaira y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo D. Pedro, cuando mudadas las cosas fué restituido en su libertad y obispado. El rey D. Pedro, sin embargo, se hallaba muy congojado en trazar cómo podría juntar tanto dinero como á los ingleses de los sueldos debía y él recibió prestado del príncipe de Gáles: no sabia asimismo cómo podría cumplir con él lo que le tenía prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcainos que es gente libre y feroz, sufrirían señor extraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte á pagar la mitad de lo que se debía. Por esta causa, con ocasion de ir á juntar este dinero, se fué D. Pedro muy apriesa á Toledo, de allí á Córdoba.

En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales: cargábalos fueron los primeros que en ella dieron entrada al rey D. Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar á Micer Gil Bocanegra y á D. Juan, hijo de Pero Ponce de Leon, señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio, madre de Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. Á doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y ejecucion en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda, armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora, por nombre de Isabel Dávalos, natural de Úbeda luégo que se emprehendió el fuego, se metió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama: hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atras al rey tenían. Con los infortunios, destierro y tra-



bajo que había padecido, parece era razon hobiera ya corregido los vicios que de antes parecían tener excusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario, la afabilidad y buena condicion del rey D. Enrique causaba que todos tenían lástima de sus desastres, y le amaban más que antes: con esto se volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reinos de Castilla. El rey de Navarra, de Borgia, do le tenían arrestado, se vino después de dada la batalla á Tudela: á Mosen Olivier, que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante D. Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliría lo que los dos capitularon.

Este mismo año que se dió la batalla de Nájara, falleció en Viterbo, ciudad de Italia, el cardenal D. Gil de Albornoz, en veinticuatro dias del mes de Agosto, fiesta de San Bartolomé. Fué este prelado excelente varon, de gran valor y prudencia, no ménos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres Papas que alcanzó, Cleente, Inocencio y Urbano V, que á esta sazón gobernaba la Iglesia romana. Hizo guerra en Italia á los tiranos que tenían usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichas armas las restituyó al patrimonio y estado de San Pedro; con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la Silla apostólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Asis: después, sosegadas las cosas de España con la muerte del rey D. Pedro (por haberlo él así mandado en su testamento), le trasladaron á la ciudad de Toledo: está enterrado en la iglesia mayor en la capilla de San Ildefonso. Concedió el romano pontífice indulgencias á los que le trajesen en hombros; y fué tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaban, salian á bandas á los caminos por ganar los perdones, y de esta manera le trajeron hasta Toledo.

El maestre de San Bernardo, (dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros

tiempos), se halló en la batalla de Nájara con otros muchos en favor de D. Enrique, donde fué preso y muerto por mandado del rey D. Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseía en las behetrias. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del maestre, ni qué principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada: el tiempo todo lo gasta. Sólo consta que este maestre era hombre de religion y eclesiástico, porque el rey D. Pedro fué descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es, que cuando el rey D. Pedro, por consejo de Juan Alfonso de Alburquerque (como de suso se dijo), quiso incorporar las behetrias en la corona real, ó lo que es más cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendían con más codicia de estados que de hacerlo que era razon y justicia, entónces de su voluntad y con facultad del papa, con color de religion se debieron de sujetar á la orden de San Bernardo, á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con titulo que le dieron de maestre de San Bernardo, para que como las demas religiones militares hiciesen guerra á los moros.

Este color y diligencia, aunque fué á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron, dió empero ocasion para que el rey se indignase contra ellos; por esta causa creo yo que el dicho maestre se llegó á la parte de D. Enrique; esto pudo ser, mas no es más que conjetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontífice Urbano V por esta muerte, y porque tenía fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con orden que le notificase cómo estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano, como quier que temiese la crueldad de D. Pedro y el poco respeto que tenía á la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fué que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada, cerca de la ciudad;